

Li Fu-jen

Japón enfrenta el abismo.

Parte 2: Condiciones en la industria a gran escala y en la agricultura

(Marzo de 1944)

De **Fourth International**, Vol.5 No.3, marzo 1944, págs.78-88.

Traducido al castellano por Andrés Rucci.

NOTA DEL EDITOR: Este es el segundo de una serie de artículos que analizan la vida social y económica de Japón. El primer artículo, "Las características peculiares de la vida económica del Japón" apareció en la edición de febrero de **Fourth International**. El autor de este exhaustivo estudio pasó muchos años en el Lejano Oriente y visitó Japón varias veces, siendo la última ocasión en 1940. El tercer artículo de esta importante serie aparecerá en la edición de abril de **Fourth International**.

Hemos visto cómo la pequeña industria y la producción de artesanías superan a la industria moderna a gran escala en lo que respecta al empleo, y qué desproporcionada es la cantidad de capital invertido en comercialización en comparación con la industria. Ahora consideramos el carácter de la industria moderna a gran escala de Japón y el lugar que la industria pesada ocupa en ella.

Los textiles de algodón representan la industria líder de Japón tanto en volumen de producción como en mano de obra empleada, o lo hicieron en cualquier caso hasta la época de Pearl Harbor. Japón logró la supremacía en los mercados textiles del mundo hace unos diez años, desbancando a Gran Bretaña de una posición que ese país había mantenido durante un siglo y medio. Después de los textiles de algodón viene el rayón, del cual Japón se convirtió en el segundo productor mundial. En esta última industria, casi toda la producción proviene de grandes fábricas. No es así en el caso de los textiles de algodón. En el hilado del algodón hay un alto grado de concentración de capital y centralización. Toda la producción proviene de las fábricas modernas propiedad de unas pocas grandes empresas unidas en un cártel eficaz: la Asociación de hilanderos de algodón de Japón. En el tejido, sin embargo, predomina la muy pequeña fábrica de 10 telares o menos. También hay muchas fábricas medianas de propiedad individual. Solo alrededor de la mitad de los productos de algodón tejidos, incluso los destinados a la exportación, son fabricados por las grandes empresas que combinan las operaciones de hilado y tejido. Su cartel controla solo el 45 por ciento de los telares de gran potencia (utilizados para fabricar telas de exportación) y solo el 28 por ciento si se

incluyen todos los telares de potencia. La tela para kimonos, el traje tradicional japonés que aún se usa ampliamente, está tejida solo de 12 a 14 pulgadas de ancho en telares muy angostos.

Según cifras del Departamento de Comercio e Industria de Japón en 1928, alrededor del 93 por ciento de las fábricas de tejidos de algodón en realidad tenían menos de 10 telares, y esta situación no ha cambiado apreciablemente desde entonces. Si uno toma tejidos de seda y algodón, se revela una situación aún más asombrosa, ya que la mitad de los operarios se emplean en establecimientos que tienen menos de cinco trabajadores, es decir, en una industria no industrial. Todas estas figuras se refieren a los telares de poder. Además, todavía hay un número considerable de telas de mano, no solo en seda, sino también en tejidos de algodón.

Esta, entonces, es la posición de la industria más importante de Japón. Esta industria es realmente un crecimiento anormal que ha creado una falta de equilibrio en la economía nacional, causando que sea desequilibrada y pesada. Desarrolló grandes proporciones mientras que otras industrias permanecieron atrofiadas. El rápido crecimiento de los textiles y, más tarde, la aparición de industrias que producen una gran cantidad de bienes de consumo tales como llantas de goma y zapatos, bombillas eléctricas, cubertería, artículos de ferretería, jabón, bicicletas, lápices, estilográficas y relojes, nunca se ha equilibrado con ningún crecimiento correspondiente de la industria pesada. Además, la industria pesada que existe está casi totalmente diseñada para la producción de armamentos (incluida la construcción naval) y ha sobrevivido solo con la ayuda de subsidios, exención de impuestos y alta protección arancelaria. La fabricación de maquinaria y máquinas-herramienta, particularmente máquinas primarias para la fabricación de maquinaria, está muy poco desarrollada. Cuán desproporcionada es la estructura industrial se puede ver mejor a partir de unas pocas cifras comparativas.

Industria ligera de Japón

Teniendo en cuenta todo el tiempo que solo el 18 por ciento de la población ocupada cuenta con el apoyo de la industria, y que el número total de trabajadores de fábrica es solo el 7 por ciento de la población ocupada, veremos en la siguiente tabla, compilada a partir de cifras de Departamento de Comercio e Industria de Japón, ¿qué proporción de este 7 por ciento se dedica a la industria pesada?

Porcentaje de trabajadores totales de fábrica empleados en varias ramas de la industria en 1933

Textiles	47.8
Industria del metal	6.6
Fabricación de máquinas, herramientas, implementos, etc.	13.1
Productos químicos	8.6
Cerámica	3.8
Productos alimenticios	7.5
La madera y la madera fabrican	3.5
Impresión y encuadernación	2.8
Gas y electricidad	0.4
Misceláneos	5.9

La preponderancia de la industria ligera es demasiado obvia a partir de estas figuras de diez años. Puede haber habido algún cambio en las proporciones desde entonces, pero al menos hasta finales de 1940 no hubo evidencia de una tendencia hacia ningún cambio sustancial, mucho menos decisivo, como podría haber alterado la estructura de la economía japonesa. Textiles, como vemos, emplean a casi la mitad de los trabajadores de la fábrica del país en comparación con menos de una quinta parte en metalurgia e ingeniería. Si se toman en conjunto las industrias textil y de alimentos, representan el 55 por ciento frente a solo el 28 por ciento de metalurgia, ingeniería y productos químicos combinados. Sin embargo, los últimos tres, en un país altamente industrializado, superarían en gran medida al primero. En Inglaterra antes de la guerra actual, había 2,7 millones de personas empleadas en el trío de la industria pesada frente a 1,3 millones en textiles. En los Estados Unidos, la preponderancia de la industria pesada es aún mayor.

La industria pesada de Japón consiste principalmente de plantas para la producción de armamento y la construcción naval. Quítelos y queda poco, excepto las industrias productoras de electrodomésticos, locomotoras y material rodante. En la fabricación de máquinas para trabajar el metal, Japón no pudo, hasta fines de 1938, suministrar ni siquiera el 50 por ciento de sus necesidades. La producción de máquinas-herramientas, que requería habilidad y una calidad de acero apenas fabricada en Japón y que tenía que importarse, había progresado muy poco. El número total de trabajadores dedicados a la construcción de motores apenas aumentó por encima de los 10.000 incluso en los días previos a Pearl Harbor, aunque la construcción de motores es una de las ramas más importantes de la construcción de maquinaria en Japón.

Plantas de ingeniería

Es cierto, por supuesto, que la industria ligera, textiles en particular, emplea un número proporcionalmente mayor de trabajadores que la metalurgia o la ingeniería y esto se acentúa aún más en Japón por la existencia de tantas pequeñas fábricas con poca maquinaria. Este hecho, sin embargo, no desvanece la discrepancia en la importancia de la industria ligera y pesada en Japón. Si examinamos las cifras del valor anual total de la producción de las diversas industrias de Japón, encontramos textiles y otras industrias livianas que inundan el resto, a pesar del hecho adicional de que los precios del hierro, el acero y la maquinaria japoneses son precios de monopolio anormalmente altos.

En una tierra donde la industria de escala lilliputiense ocupa un lugar tan grande en la economía nacional, es natural que desempeñe un papel incluso en la ingeniería. Este hecho constituye una debilidad particularmente grave, ya que los pequeños talleres de Japón no poseen herramientas o maquinaria de alta precisión, que son demasiado costosas por sus escasos recursos de capital. Este defecto fue objeto de comentarios por el teniente general. Katsura Hayashi, uno de los militares de alto rango de Japón, quien, en cooperación con el Jefe de Suministros de la Industria de Guerra, escribió un folleto titulado ¿Cómo operarán nuestras industrias en caso de guerra? Los militaristas de Tokio sabían desde hacía mucho tiempo y estaban perturbados por la grave debilidad de la posición militar de Japón representada por su insignificante y parcialmente arcaica industria pesada, pero eran totalmente incapaces de encontrar un remedio, ya que se trata de problemas sociales y económicos fundamentales.

Desde el punto de vista organizativo, los pequeños talleres de ingeniería se han vinculado con las grandes empresas que les adjudican parte de sus contratos para la construcción de máquinas. Las piezas se fabrican en las plantas pequeñas y se completan o ensamblan en la gran fábrica. Las ramas más nuevas de la ingeniería, aviones y automóviles, que han surgido de la industria de la construcción naval y de los departamentos de armamento y tanques de los arsenales, están obligadas a fabricar un número

considerable de sus piezas en pequeñas empresas. Este sistema, calculado para utilizar al máximo toda la capacidad productiva del país, es peligroso y derrochador cuando se trata de máquinas o armamentos en los que la estandarización y la exactitud según la especificación son de primordial importancia, y que no pueden obtenerse sin instrumentos de precisión y maquinaria, casi totalmente en las fábricas más pequeñas de Japón.

En 1933, un periódico japonés, el Nichiro Tausen, reveló que una empresa que obtiene un contrato del ejército o la armada para aviones realmente tiene que asegurar la cooperación de unas 450 pequeñas "fábricas". Esto no es todo, para cada una de estas pequeñas empresas en a su vez subdivide su trabajo entre algunos otros talleres o incluso hogares. De hecho, la organización de esta industria de guerra esencial se parece a la de la fabricación de bicicletas. La producción de bicicletas, de las cuales una gran cantidad se utiliza en Japón debido a la falta de buenas carreteras y el transporte mecánico por carretera, se considera principalmente como un trabajo artesanal adecuado para el hogar y la industria de pequeños talleres. Existen, o hubo, unas 770 "fábricas" de bicicletas, de las cuales 367 empleaban a menos de cinco trabajadores. Estos numerosos pequeños establecimientos fabrican piezas de bicicleta y solo el ensamblaje tiene lugar en plantas bastante grandes. Las 770 fábricas también desempeñaron el papel de producción doméstica en ciertas otras industrias, siendo dirigidas y financiadas por las grandes empresas que distribuyen el material y recolectan las piezas terminadas. Este es el sistema que, al menos hasta hace relativamente poco tiempo, se utilizó en la industria aérea de Japón, y no cabe duda de que ha contribuido en gran parte a la ineficiencia comparativa de la fuerza aérea japonesa y al bajo nivel de vuelo civil en Japón. Japón, porque los aviones fabricados en esas condiciones difícilmente pueden ser muy confiables

Producción de bienes capitales

En la producción de bienes de capital, Japón está muy por detrás de sus aliados y rivales imperialistas. Incluso en el transporte marítimo, su rama más importante de la industria pesada, el tonelaje de preguerra lanzado era solo el 11 por ciento de Gran Bretaña, y la industria de la construcción naval británica estaba trabajando en ese momento muy por debajo de su capacidad. En la producción de maquinaria como un todo, Japón aparece como un verdadero pigmeo en comparación con Inglaterra o los Estados Unidos.

En 1929, con el yen a la par, la industria japonesa de maquinaria e ingeniería producía bienes por un valor bruto de £ 68,000,000. La cifra correspondiente para Inglaterra fue £ 472,000,000. Es cierto que Japón aumentó mucho su producción después de la invasión de Manchuria en respuesta a las demandas militares. En esto, fue asistida por la depreciación del yen, el auge de sus industrias de exportación y la explotación recientemente iniciada de Manchuria. Sin embargo, la cifra alcanzada en 1934 fue de solo mil millones de yenes, lo que, si bien representó un aumento del 47 por ciento en 1929 en los valores del yen, fue en gran parte un reflejo de los precios inflados. No se puede dudar de que hubo un aumento real (y que ha habido más desde entonces), pero Japón aún estaba lejos de acercarse a la independencia en la producción de maquinaria, ya que las importaciones también aumentaron. Japón se vio obligado a exportar maquinaria a Manchuria y, al no poder compensar la deficiencia aumentando correspondientemente su propia producción, se vio obligada a aumentar sus importaciones. Si sumamos a las importaciones de maquinaria las grandes importaciones de hierro y acero de Japón -que ascendieron a 145,000,000 yen en 1934- está claro que no tenía excedentes de bienes de capital para desarrollar su territorio recién conquistado. De hecho, lejos de poder exportar bienes de capital, se vio obligada a importarlos tanto para ella como para sus colonias.

El estado subdesarrollado de la producción de maquinaria pesada (equipos de ingeniería y equipos para las industrias de armamento, turbinas de vapor y maquinaria minera) fue considerado por la clase

dominante japonesa como una de sus mayores debilidades, ya que son precisamente esas empresas las que se necesitan para la transición rápida. a la producción de materiales de guerra a gran escala. Los artículos más importantes en la lista de importaciones de Japón antes de la guerra actual eran los motores de combustión interna, maquinaria de trabajo de metales, partes de automóviles y armas de fuego. Japón ni siquiera fabrica suficientes máquinas de coser para cumplir con sus requisitos y ha tenido que importar una gran parte de su maquinaria de hilar, aunque produce sus propios telares. El mayor fabricante de maquinaria de hilar y tejer en Japón solo podría producir unos 60,000 husos al año.

Automóviles y camiones en grandes cantidades son uno de los atributos de una economía bien redondeada. Antes de la guerra actual, tanto Ford como General Motors tenían grandes plantas de ensamblaje en Japón y la gran mayoría de los automóviles y camiones vendidos eran sus productos. La producción nativa de automóviles prácticamente no existía antes de 1933. Cuando apareció tardíamente en la escena, fue solo en respuesta a órdenes de la Oficina de Guerra y subsidios. Pero solo había unas pocas firmas y dado que no podían suministrar nada más que una pequeña cantidad, y la de mala calidad, la mayor parte de las órdenes del ejército aún no había sido entregada a Ford y General Motors. En 1933, se vendieron un total de 17,790 automóviles en Japón, de los cuales solo el 10 por ciento se fabricaron en el país. La mayor parte del resto provino de las plantas de ensamblaje extranjeras. Y esto a pesar del hecho de que desde 1928 se habían otorgado subsidios para la fabricación de automóviles, e incluso para los propietarios de automóviles aptos para uso militar, y a pesar de un arancel del 42 por ciento para los automóviles importados, un arancel del 35 por ciento sobre los importados. motores, y un deber aún mayor en la atención completa.

En 1936 solo había un automóvil por cada 800 personas en Japón, en comparación con uno por cada 22,4 personas en Inglaterra y 4,79 en los Estados Unidos. Además, el transporte tirado por caballos es casi inexistente y las cargas que no son transportadas en automóvil o ferrocarril, ni en carros de mano, carretilla u otros vehículos primitivos, son transportadas por seres humanos. La ausencia de un tráfico considerable de automóviles va de la mano con carreteras deficientes o la ausencia de carreteras, lo que a su vez refleja el atraso económico general del país y la pobreza de la masa de sus ciudadanos.

Deficiencias de materia prima

Las grandes empresas japonesas, conscientes de sus propios intereses, que se basan en la obtención de beneficios, se resistieron a las burlas del gobierno para inducir inversiones en la fabricación de automóviles. El testarudo Mitsui y Mitsubishi se dieron cuenta de que una industria automotriz rentable debe ser una industria de producción en masa. La producción masiva presupone un consumo masivo, tal vez incluso un mercado de exportación. Y debe haber una red de caminos adecuados. Pero, ¿cuántos en el empobrecido Japón podrían tener la esperanza de poseer un automóvil? ¿Quién de entre la miríada de pequeños productores, que ni siquiera pueden permitirse instalar maquinaria eléctrica en sus fábricas, podría pensar en comprar un camión para entregar sus productos? ¿Y dónde están los caminos por venir si más del 80 por ciento del presupuesto se destina a los militares y ni siquiera hay fondos suficientes para la educación o cualquier tipo de servicios sociales? En el miserable atraso de la industria automovilística japonesa y del transporte mecánico por carretera, podemos discernir las causas inmediatas del atraso económico general del país. La industria capitalista en gran escala en líneas modernas no puede desarrollarse en todas las ramas de producción debido a la estrechez extrema del mercado interno, que se estrecha de año en año; y por falta de capital Se ha limitado a la producción de aquellos bienes de consumo que pueden exportarse y que requieren relativamente poco capital para iniciarse..

Las debilidades en la economía industrial de Japón que hemos discutido arriba de ninguna manera agotan la pregunta. Además y en parte subyacente a las debilidades productivas del país, existen enormes deficiencias de materias primas industriales. Ninguna otra potencia capitalista excepto Italia es tan pobre como Japón en las fuentes primarias de riqueza: la agricultura (incluida la ganadería y la madera) y la

minería. Ella tiene poco hierro, carbón o aceite, y no tiene níquel ni muchas de las otras aleaciones utilizadas en la fabricación de acero. En la esfera de los metales no ferrosos, indispensable para una industria moderna de guerra, Japón es tan deficiente como en el carbón y el hierro. Ella solo tiene suministros justos de cobre, e incluso en esto nunca fue completamente autosuficiente, teniendo que importar alrededor del 20 por ciento de sus necesidades. Su producción de plomo, zinc, estaño, manganeso y tungsteno oscila entre el 10 y el 50 por ciento de sus necesidades. Con respecto al níquel, el antimonio y la bauxita (siendo esta última la materia prima del aluminio), depende totalmente de las importaciones.

En su industria principal, los textiles de algodón, carece por completo de materia prima, y es necesario importar todo su algodón. Ella importó la mayor parte de la pulpa de madera a partir de la cual se produce el rayón, la mayor parte de esta materia prima proviene de Canadá y Escandinavia. Casi toda la lana para su industria de lana vino de Australia. De las 1,000,000 toneladas de sal usadas anualmente para fines industriales, Japón ha estado importando un 65 por ciento. Casi todo su trigo vino de Australia.

Japón prácticamente no tiene suministros domésticos de petróleo. Su industria de refinación de petróleo, que trabajaba en crudo importado, había alcanzado un punto de desarrollo hace cinco años, donde podía suministrar el 36 por ciento de todo el consumo de productos derivados del petróleo como combustible. Pero ella producía solo el 20 por ciento de sus necesidades de aceite lubricante, el derivado más importante del petróleo para fines industriales. Hasta cierto punto, Japón ha compensado su falta de carbón y petróleo mediante el uso de energía hidroeléctrica. Pero fue evidente hace varios años que este desarrollo de los recursos hídricos había llegado a sus límites y estaba empezando a poner en peligro el riego adecuado de los arrozales. Aunque Japón está muy avanzado en materia de energía hidroeléctrica, esto no compensa la falta de carbón y petróleo. Los barcos no pueden funcionar con tal potencia, ni automóviles ni aviones.

Hierro y acero

La producción combinada de mineral de hierro de Japón, Manchuria y Corea representa solo el 14 por ciento de la producción de Gran Bretaña, que a su vez está muy por debajo de la de los Estados Unidos. Los depósitos hogareños de Japón están dispersos en diversas partes del país en pequeñas cantidades y el costo del transporte a los centros de producción aumenta sustancialmente el costo del arrabio. Los minerales de Manchuria son en su mayoría de bajo grado, con un contenido de extracción de solo 35 por ciento, tan bajo que, de hecho, millones de toneladas de mineral similar en la región del Lago Superior de los Estados Unidos ni siquiera se cuentan en las reservas porque la extracción preliminar proceso sería demasiado costoso. La extracción de los minerales de Manchuria solo ha sido posible gracias a la subvención del gobierno. La pobreza de Japón en el mineral de hierro queda ilustrada por el hecho de que en 1934 su consumo ascendió a solo 3.1 millones de toneladas en comparación con las cifras de 1929 de 17.3 para Gran Bretaña y 21.3 cada una para Bélgica y Luxemburgo. La producción de arrabio en Japón hace cinco años ascendía a solo el 3,8 por ciento del total mundial, o el 5 por ciento si se toma el Imperio japonés para incluir a Manchuria. Esto se compara con 22.2 por ciento para los Estados Unidos y 15.5 por ciento para la Unión Soviética (cifras de 1932) en un momento en que la producción estadounidense había caído mucho debido a la crisis económica. La extrema pequeñez de la producción de arrabio de Japón se demuestra aún más en el hecho de que su consumo per cápita era solo de 30 libras. en comparación con 700 lbs. en los EE.UU.

En 1937, Japón afirmó haber alcanzado el 89 por ciento de autosuficiencia en acero, duplicando su producción desde 1929. Sin embargo, en 1934 su producción total de acero representó solo el 4,2 por ciento del total mundial. En 1935, produjo 4.46 millones de toneladas largas, que era menos de la mitad de las 9.84 millones de toneladas largas de Gran Bretaña en el mismo año. El hecho de que en el año pico

de preguerra de 1929 la producción estadounidense de acero alcanzara 56.43 millones de toneladas largas ilustra el grado en que Japón está detrás de los EE. UU. Y Japón, para lograr incluso una pequeña fracción de esa cifra, se vio obligado a importar grandes cantidades de arrabio y chatarra.

En el carbón es esencialmente la misma historia, aunque aquí Japón se compara mucho mejor que en hierro con otros países líderes. Hace seis años, Japón Proper producía anualmente a razón de 36 millones de toneladas de carbón, en comparación con las 262 británicas, las 163 de Alemania, las 53 de Francia, las 552 de los Estados Unidos. Manchuria produjo 9 millones de toneladas, de las cuales se exportó algo menos de la mitad. Japón ha reclamado un 91 por ciento de autosuficiencia en carbón (lo que simplemente significa que el consumo se ha reducido a la pequeña producción) pero es extremadamente pobre en carbón coquizable para la producción de hierro y acero. Su consumo total per cápita es muy bajo y el costo de su carbón es muy alto. Prácticamente todo el carbón del país se utiliza con fines industriales, ya que el calentamiento de las casas por fuegos de carbón o estufas o calefacción central es prácticamente desconocido. Mientras que Inglaterra, con una población de 44 millones, consume aproximadamente 40 millones de toneladas anuales de carbón para la calefacción y la cocina domésticas, Japón con una población de 70 millones consume solo 5½ millones de toneladas para fines no industriales.

Altos costos productivos

Los altos costos de producción son otro elemento en el catálogo de las debilidades económicas de Japón. El costo de la materia prima por tonelada de arrabio producida en Japón asciende al equivalente de \$ 18.00 en comparación con \$ 11.00 en Manchuria, \$ 14.50 en los Estados Unidos; \$ 14.00 en Bélgica; \$ 11.70 en Gran Bretaña; \$ 13.70 en Alemania; \$ 12.40 en Francia (cifras anteriores a la guerra). La baja productividad, que se extiende a casi todas las ramas de la economía japonesa, es un elemento importante del costo. Como ejemplo, se puede citar el hecho de que en Japón, a pesar de la jornada laboral más larga, la producción de carbón por turno es solo del 69 por ciento de la de Inglaterra. En 1929, la producción anual por persona empleada en la extracción de carbón bituminoso en los Estados Unidos fue de 949,7 toneladas en comparación con 106 de Japón en ese año y 203 en 1933.

Aunque se puede construir una industria siderúrgica con minerales importados, siempre que haya un buen carbón coquizable, cuando un país no tiene ni uno ni el otro, el costo de producción se vuelve prohibitivo y la producción solo puede llevarse a cabo con la ayuda del gobierno, que es el caso en Japón. El alto costo del carbón, más que la falta de mineral de hierro, es la causa inmediata del atraso de la industria siderúrgica de Japón y el deficiente desarrollo de su ingeniería. También es una de las causas inmediatas del retraso general de la industrialización de Japón en su conjunto, ya que hace que el uso de la energía sea muy costoso. Pero la falta de mineral de hierro es, sin embargo, un factor. Japón está obligado a importar mineral de hierro, pero para mantener a los productores hogareños seguros de obtener ganancias, el gobierno también está obligado a imponer un arancel bastante alto al hierro importado (1.66 yenes por tonelada) además de eximir a los productores locales de los impuestos. Todo esto se suma al costo y el arrabio excesivamente costoso hace que la maquinaria sea excesivamente costosa más allá de los medios del propietario de la pequeña fábrica. La producción artesanal se mantiene viva

Los altos costos de producción, debido al uso derrochador e ineficiente de la mano de obra y al alto costo inicial de la materia prima, siempre han dificultado que Japón compita en el mercado mundial. Sin embargo, estaba obligada a competir si sus industrias debían asegurar las materias primas importadas de las que dependían. Se encontró una especie de solución a este problema en la práctica capitalista tradicional de reducir los niveles de vida de las masas. Los campesinos estaban tan exprimidos por los impuestos y las exacciones de sus verdugos capitalistas terratenientes que sucumbieron a las blandiciones oficiales que los indujeron a tomar la sericultura como una línea lateral. Esta línea lateral, una gran carga de trabajo adicional para los hogares campesinos (alimentar a los gusanos de seda es extremadamente laborioso), proporcionó un gran cultivo de seda que se exportó a América a cambio de algodón en bruto

para alimentar a las fábricas textiles de Japón. Y luego los trabajadores textiles fueron empujados y sudados a salarios lastimosamente bajos para que Japón pudiera inundar los mercados del Este con productos de algodón de bajo precio, lo que le proporcionó un saldo de exportación para importar petróleo, chatarra, arrabio, maquinaria y otras necesidades básicas. También lo fue con lanas, seda artificial, bombillas eléctricas, calzado de goma, jabón, cerveza, botones y joyas, cristalería y cerámica, y bicicletas baratas que encontraron una salida similar. Un escritor describió este comercio de exportación japonés como un "comercio de hambre", un esfuerzo desesperado para ganarse la vida y mantenerse a flote en la economía nacional casi en bancarrota. Japón exportó a precios de "venta de ganga" los productos del trabajo de sus trabajadores temerosamente explotados. Se hizo a costa de la inflación de divisas, salarios reducidos, un mercado interno reducido y una aguda angustia agraria. En 1934, por ejemplo, mientras su propia gente apenas podía encontrar los medios para comprar las prendas de algodón más baratas, Japón exportó 2,577 millones de yardas cuadradas de tela de algodón contra los 1,993 millones de yardas cuadradas de Gran Bretaña. Pero Japón recibió solo £ 28.7 millones por sus productos, mientras que Gran Bretaña, por la cantidad considerablemente menor, recibió £ 39.8 millones. La diferencia se reflejó directamente en la estrecha economía interna del grueso de los japoneses.

Condiciones en la agricultura

El entorno agrario de la estructura industrial japonesa atomizada, desequilibrada y con la parte superior pesada completa la imagen de un país económicamente atrasado. Este escenario representa el factor más importante que explica las causas inmediatas de su desarrollo generalmente desproporcionado, su grave debilidad económica estructural y, por último, pero no por ello menos importante, sus políticas imperialistas. En el caso de la industria, como hemos visto, las supervivencias precapitalistas, aunque tremendas en su alcance, no son más que el telón de fondo de una industria moderna a gran escala. Pero en la agricultura, las supervivencias feudales están en el primer plano de la imagen. Tal es su peso específico que operan para evitar cualquier modernización de la agricultura e imposibilitar el posterior desarrollo industrial del país, ya que son una barrera para la acumulación de capital y al mismo tiempo mantienen el mercado interno dentro de una camisa de fuerza.

El problema agrario no resuelto de Japón envenena su vida nacional como lo haría un chancro y lleva a su clase gobernante a peligrosas aventuras militares en un vano esfuerzo por escapar de la némesis que les espera en casa. La terrible posición del campesinado de Japón es al mismo tiempo la fuente de las maravillosas industrias textiles de Japón, que deben su éxito sobre todo a la abundancia de mano de obra barata de las aldeas, y del retraso en el crecimiento de su industria pesada y la supervivencia en una gran escala de producción artesanal. El problema agrario está en la raíz tanto de los salarios terriblemente bajos pagados en la industria como del alto costo de los alimentos. Explica por qué Japón está en la parte inferior de la escala en cuanto a la cantidad de energía no humana que se gasta en producción y representa el bajo valor total de su riqueza e ingresos nacionales.

Sería difícil imaginar un mayor anacronismo: aquí hay una potencia capitalista líder, con un poderoso ejército y armada y una fuerza aérea no despreciable, que aspira a dominar al menos toda Asia oriental, cuyos campesinos viven y labran el suelo en prácticamente el de la misma manera y con los mismos implementos primitivos que sus antepasados hace siglos, y que son explotados y oprimidos por una multitud de terratenientes y usureros en la misma o incluso mayor medida y de la misma manera que antes de la "revolución" de 1868 que fue se supone que los liberó. En su mayor parte, los campesinos de Japón todavía tienen que entregar la mitad o más de las cosechas de sus pequeñas granjas como rentas en especie a un terrateniente. Todavía son en su mayoría incapaces de comer el arroz que producen en la tierra con trabajo duro, desagradable e incesante, pero incluso en los mejores tiempos deben subsistir con cebada, mijo, batatas y arroz importado de calidad inferior. Se ven obligados a vender a sus hijas en lo que

es prácticamente esclavitud en los burdeles de las ciudades, o a forjarlas como jornaleras en fábricas, o de otro modo a complementar sus ingresos insuficientes de la agricultura mediante el cultivo de seda o alguna otra industria doméstica en la que sus mujeres y los niños trabajan horas ilimitadas sin ser molestados por ninguna legislación de fábrica.

Vestigios feudales

Debido a la naturaleza montañosa del país, solo el 18,9% de la superficie total de Japón es tierra cultivable, y solo el 15,5% se cultiva. En sus 5.9 millones de hectáreas¹ de tierra cultivada viven 5.6 millones de hogares campesinos. Esto es un poco menos de la mitad del total de hogares en Japón y algo más de la mitad de la población total del país, ya que el tamaño promedio de la familia de la granja es mayor que el de la familia urbana. Aunque el porcentaje de hogares dedicados a la agricultura ha disminuido gradualmente de un año a otro, la cifra de la población rural absoluta ha aumentado consistentemente a razón de decenas de miles cada año, por lo que la tierra está obligada a mantener un número cada vez mayor de seres humanos. Esto significa que el desarrollo industrial no se ha mantenido en ningún momento al mismo ritmo que el aumento de la población y la presión sobre la tierra ha aumentado en consecuencia. La mayor parte de la tierra cultivable en las principales islas de Japón ya se cultiva intensamente, pero hay áreas considerables que podrían cultivarse si hubiera capital disponible. Pero como en todo lo demás relacionado con la agricultura japonesa, el capital nunca está disponible.

El total de 5,642,509 familias (cifras de 1930) cultivando la tierra se divide así:

	Proprietarios	Arrendires	Parte arrendires y parte propietarios
Total	1.754.537	1.498.596	2.389,376
Porcentaje del total	30.6	26.7	42.7

Considerando la cantidad de tierra cultivada, se puede ver fácilmente que la mayoría de los campesinos japoneses deben cultivar granjas tan pequeñas que en América y en la mayor parte de Europa serían consideradas nada más que jardines. El área cultivada total, si se dividiera en partes iguales, daría menos de 2½ acres por familia. Desigualdo como está, el 34.5 por ciento trabaja en un área de 11/5 acres, otro 34.3 por ciento en un área entre 11/5 y 2½ acres, y 22 por ciento en un área de poco menos de 5 acres. Solo el 1.4 por ciento tiene más de 12½ acres. Esto significa que el 69% trabaja en parcelas de 2½ acres o menos. Si excluimos a los inquilinos y consideramos solo la propiedad de la tierra, la proporción de explotaciones pequeñas es aún mayor, a saber, el 49,7 por ciento con menos de 11/5 acres y otro 25 por ciento con entre 1½ y 2½ acres.

A pesar de lo pequeñas que son estas parcelas, podrían apoyar a sus cultivadores más o menos adecuadamente si solo los cultivadores pudieran retener la posesión de los cultivos que producen, o si podrían comercializarlos para su propio beneficio. Esto requeriría que estén libres de las grandes cargas de la renta, los impuestos y los intereses usurarios, y que puedan comprar fertilizantes a precios inferiores a los monopolios prevalecientes. Como se indica en el cuadro anterior, cerca del 70 por ciento de los

¹ Una hectárea es igual a 2.471 acres.

hogares agrícolas son inquilinos de la totalidad o parte de la tierra que cultivan y pagan del 50 al 60 por ciento de sus cosechas a los propietarios. Del resto de sus cosechas, aproximadamente la mitad se destina a la compra de fertilizantes. En el caso de los propietarios campesinos "puros", alrededor del 30 por ciento del total de los hogares campesinos, los impuestos, los precios monopólicos de los fertilizantes y otros bienes industriales y la necesidad de endeudarse a tasas de usura en los años agrícolas pobres, hace tiempo los redujeron a tal estado de endeudamiento que su condición es un poco mejor que la de los inquilinos.

Parasitismo de los terratenientes

¿Cuál es el alcance del parasitismo del propietario "puro" en Japón? Las estadísticas oficiales japonesas oscurecen la distinción entre terrateniente y propietario campesino, pero de todos modos es posible calcular el número de propietarios que alquilan sus tierras. En 1932 había 975,838 terratenientes. La peculiar naturaleza de la agricultura japonesa lleva a los campesinos más ricos que poseen más tierra de la que ellos mismos pueden cultivar a alquilarla a un inquilino o varios inquilinos, en lugar de cultivarla con mano de obra contratada. Y lleva a los terratenientes que no cultivan en absoluto a alquilar sus tierras a una multitud de inquilinos en lugar de a uno o dos granjeros como en Europa Occidental. Con raras excepciones, ningún terrateniente japonés ha emprendido la agricultura a gran escala con maquinaria, o incluso con animales enjaezados a los arados. El propietario tiene un beneficio más seguro y más fácil alquilando su tierra en pequeñas parcelas y recibiendo la mitad o más de los productos como renta. Él no invierte capital y no corre riesgos. Dichos propietarios son totalmente parásitos y hay casi un millón de ellos en Japón.

Si en la Restauración Meiji de 1868 los campesinos realmente se habían liberado de sus cargas feudales y se habían dejado desarrollar como propietarios campesinos libres; incluso si se hubieran sustituido las rentas en efectivo por las rentas en especie, el consiguiente aumento de los precios habría eliminado gradualmente al viejo tipo de propietario de tierras puramente parasitario y los campesinos tendrían más posibilidades de controlar el mercado del arroz. Al mismo tiempo, habría habido una diferenciación gradual de la riqueza entre los campesinos, algunos se hicieron más ricos y otros perdieron sus tierras por completo y se convirtieron en trabajadores. El capital se habría acumulado en manos de los campesinos más exitosos, y con el tiempo se habrían introducido métodos modernos de cultivo a gran escala. Japón hoy no sería un país donde los costos reales de producción en la agricultura son excesivamente altos, y el producto por hombre, a diferencia del producto por acre, es excesivamente bajo. La continuación de los pagos de alquiler en especie, combinados con fuertes impuestos por parte del estado para un fomento artificial de la industria urbana y para el armamento, ha impedido una organización capitalista de la agricultura y la introducción de la técnica moderna. La posibilidad de la acumulación de capital en manos de los campesinos, y por lo tanto de la propiedad de la tierra que pasa a manos de los agricultores más ricos - lo que significa fuera de las manos de los dos propietarios parasitarios y el campesinado más pobre - ha sido excluida por las supervivencias feudales.

¿Cómo se puede conciliar la posición actual de los campesinos con su supuesta liberación en la Restauración de 1868, que Trotsky describió como un "intento burocrático para comprar una revolución"? El nuevo estado nacional que surgió de la Restauración Meiji compró la aristocracia feudal al otorgarles bonos estatales a cambio de sus ingresos por el arroz, pero los campesinos ya habían sido sometidos a una clase nueva y creciente de maestros exigentes que habían crecido durante el último período de feudalismo, a saber, los comerciantes-usureros, precursores de la clase de los grandes capitalistas.

Bajo el shogunato Tokugawa, el último de los regímenes feudales, los campesinos no solían entregar la mitad de su cosecha directamente a los Samurai (retenes guerreros de la nobleza), sino que lo pagaban como un impuesto al Daimyo (correspondiente a un conde o barón en Europa), que a su vez pagaba

estipendios anuales al Samurai con los ingresos. Tanto los campesinos como los Samurai y los Daimyo estaban en deuda con la clase mercantil. Muchos de los campesinos habían hipotecado sus tierras a los comerciantes, precisamente, con el fin de pagar sus impuestos al Samurai y Daimyo - Del mismo modo que estaban en deuda con los comerciantes. Aunque bajo la ley feudal un campesino no podía enajenar su tierra, la evasión de la ley se hizo tan prevaleciente bajo la presión de la extrema necesidad que ocurrió lo que equivalía a una venta real, y para principios del siglo XIX los comerciantes usureros ya poseían una cantidad considerable de tierra de hecho si no en la teoría jurídica. El gobierno de la Restauración reconoció el hecho de esta alienación y muchas posesiones anteriormente secretas fueron posteriormente proclamadas y la posesión reconocida. Así, cuando los campesinos en 1871 fueron liberados del pago de exacciones a sus señores feudales y obligados a pagar un impuesto en efectivo al estado, la mayoría de ellos, o una gran parte de ellos, ya estaban siendo explotados por nuevos terratenientes o por los usureros. Aquellos que en realidad se volvieron libres, porque no habían hipotecado sus tierras, pronto se vieron obligados a hacerlo por la necesidad de dinero para pagar los nuevos impuestos. La imposición de pesados impuestos en efectivo en un país de transporte no desarrollado y mercados pobres pronto liberó a estos campesinos de las garras del capital usurero comercial y los convirtió en inquilinos o los abrumó con pagos de intereses tan elevados (el 20% era común) que se convirtieron realmente sin tierra.

En una palabra, las relaciones productivas en la tierra en realidad no cambiaron. Nuevas formas de explotación fueron sustituidas por las antiguas. No hubo revolución, sino simplemente un "intento burocrático de comprar una revolución" que dejó a los campesinos tan mal como antes. La vieja clase de explotadores rurales, la nobleza feudal y sus criados se fusionaron con la nueva clase de usureros mercantes, precursores del gran capital. Aquí vemos ese proceso peculiar por el cual dos épocas distintas y dos clases sociales distintas se fusionaron en una nueva era y en una nueva clase dominante, la burguesía, que en el Japón de hoy ha implantado un sistema de relaciones capitalistas al tiempo que perpetúa todas las formas de atraso feudal que podría encontrar cualquier lugar en el esquema nacional de las cosas.

El modo de producción capitalista nunca ha penetrado en la agricultura de Japón. El número de fincas grandes es pequeño e incluso donde la propiedad de la tierra se concentra, la tierra casi siempre se deja subdividida en pequeños lotes entre los arrendatarios. Las grandes fincas se encuentran principalmente en Hokkaido, la isla más septentrional de Japón, que fue colonizada después de la Restauración y donde hay algunas granjas modernas a gran escala llevadas a cabo con mano de obra arrendada y poder animal. Pero incluso en el frío Hokkaido, donde el tipo de agricultura requerida es a lo largo de las líneas estadounidenses con grandes campos, maquinaria y cierta ganadería lechera, la falta de inversión de capital en la agricultura y la transferencia del viejo tipo parasitario de la tenencia de la tierra del principal las islas a este suelo virgen, han impedido la plena utilización de la tierra y grandes extensiones siguen siendo un desperdicio.

La extracción parásita de la renta en especie, en lugar de la inversión de capital en el desarrollo agrario, está en la raíz del problema agrario de Japón. Para comprender por qué esta forma de parasitismo ha sobrevivido y por qué la tierra continúa siendo cultivada en pequeñas parcelas por una multitud de hogares, es necesario, además de factores históricos, considerar la naturaleza de la agricultura en tierras de regadío. El rendimiento de dicha tierra, en comparación con los tractos no irrigados que están sujetos a todos los caprichos del clima, es bastante constante. Hay años buenos y malos, pero la tierra siempre produce algo y las fluctuaciones no son grandes. En consecuencia, el propietario que recibe el alquiler en especie tiene un ingreso asegurado, ya que la cantidad que recibe por acre es fija. Tampoco es el caso que el producto de los campos se divide entre el propietario y el inquilino en proporción invariable. El propietario recibe un número fijo de bushels por acre independientemente del rendimiento y el inquilino sufre todas las pérdidas en un año de mala cosecha. Además, dado que los términos del arrendamiento del inquilino pueden variar según el deseo del propietario, se beneficia sin riesgo de cada gramo de sudor

y de cada medida adicional de fertilizante que el inquilino deposita en el suelo. Además, el terrateniente japonés de hoy también es con frecuencia un pequeño industrial, un accionista de una corporación o un prestamista, o un comerciante y especulador al mismo tiempo, por lo que el beneficio que obtiene de exprimir a los campesinos es en realidad mayor que el alquileres que recibe. Puede ser propietario de un pequeño establecimiento de tambor de seda o un cobertizo de tejido, o una fábrica de elaboración de sake, o un molino de arroz. Puede ser el único comprador, o uno de los dos o tres compradores de productos agrícolas en la aldea, y como los campesinos casi todos están en deuda con él, a menudo se agarra, a un precio muy bajo, a esa parte de los campesinos. 'cultivo no entregado a él como alquiler. Luego puede mantenerlo hasta el final del año cuando el gobierno aumenta los precios artificialmente comprando cosechas. Esto, irónicamente, se realiza bajo el benévolo título de "alivio para los agricultores", pero siempre se programa el tiempo suficiente después de la cosecha para que los cultivadores reales ya lo hayan entregado, al precio más bajo, al propietario o usurero o comerciante. en pago de intereses sobre deudas.

El atraso técnico va de la mano con este sistema arcaico de relaciones económicas. La maquinaria podría aplicarse al cultivo de arroz. Sin embargo, se puede ver a los campesinos rompiendo el césped con azadones o palas en lugar de arados, irrigando sus campos con una bomba de treadwheel, aventando el arroz a mano. La falta de aplicación de maquinaria, lo que significa también el no establecimiento de grandes plantaciones, es una consecuencia de circunstancias tanto históricas como puramente económicas, en la medida en que se explica por el poder político ejercido desde la Restauración por los terratenientes, y por el deseo de la clase dominante en general para preservar al campesinado como una gran reserva de mano de obra para la guerra. Al mismo tiempo, la desviación de un ingreso nacional relativamente pequeño para fines bélicos, desde los cimientos de Japón como un estado moderno, ha impedido, por medio de la industrialización, a los campesinos en la tierra; mientras que la posibilidad de hacer que la tierra sea más productiva sudando más a los campesinos elimina cualquier incentivo para expropiarlos e introducir métodos de cultivo capitalistas.

Los métodos de cultivo atrasados, como los métodos industriales atrasados, implican altos costos reales de producción, especialmente cuando este atraso se combina con un alto grado de parasitismo. En segundo lugar, el gran número de propietarios significa que una gran parte del arroz producido y entregado como renta es consumido por los propietarios y no se lleva al mercado en absoluto. Este hecho explica en gran medida la mayor baratura del arroz cultivado en otros países con un nivel de técnica similarmente bajo y una producción mucho más baja por acre. De ahí surge la paradoja de que los imperialistas japoneses, que se han quejado reiteradamente de que su país está sobrepoblado y no pueden alimentar a la población, imponen un impuesto al arroz extranjero e incluso arrojaron arroz en los mercados extranjeros a un tercio del precio del mercado japonés.

El atraso de la agricultura japonesa está bien ilustrado por los siguientes datos estadísticos: solo hay un motor por cada 60 familias campesinas y la mayoría de estos no supera los cinco caballos de fuerza y se emplean principalmente en la fabricación de productos alimenticios o en la conducción de agua bombas propiedad de campesinos acomodados. Solo hay una máquina de pulido de arroz por cada 60 agricultores y solo una máquina descascaradora de arroz o cebada por cada 120 granjas. De trilladoras y bombas solo hay una por cien granjas. Para la mayoría de los campesinos, el uso de fertilizantes químicos es el único beneficio que han obtenido de la ciencia moderna, y dado que la ventaja del mayor rendimiento recae en el propietario, y el dinero para comprar fertilizantes debe provenir de algún trabajo subsidiario (sericultura o industria doméstica), el trabajo del campesinado no se ha aliviado ni se ha mejorado su condición material. De hecho, el aumento en la productividad de la tierra desde la época feudal se debe tanto o más a la gran cantidad de gente que trabaja en ella como al uso de fertilizantes químicos. La alta productividad por acre tiende a ocultar la baja productividad por hombre.

Falta de Capital

Existe una impresión errónea de que los japoneses son los maestros del mundo en el campo de la producción, que producen más que en cualquier otro lugar del mundo y que han alcanzado los límites del cultivo científico intensivo. En realidad, esto está lejos de ser el caso. Aunque en comparación con el resto de Asia, el rendimiento japonés por acre es muy alto, se ha superado en España e Italia. La producción de Japón es de 31.0 quintales por acre en comparación con los 58.2 de España y los 45.5 de Italia (cifras anteriores a la guerra). Además, en Japón existe una tendencia a que el rendimiento de la tierra disminuya en lugar de aumentar. Los principales factores en la disminución son las sumas decrecientes de agua, que generalmente se utiliza para fertilizantes, negligencias generales de las obras de riego y drenaje, y el desarrollo hidroeléctrico que ha incursionado en los suministros de agua utilizados en la agricultura.

El declive de la agricultura, que debe apoyar a más de la mitad de la población de Japón, hace imprescindible un cambio fundamental. No hay duda de que no se puede permitir que todos los países del mundo crezcan en el país; pueden cultivarse con tractores o, al menos, con arados tirados por caballos, si son de propiedad nacional o incluso de propiedad de grandes propietarios. terratenientes listos y capaces de invertir el capital necesario. Tales cambios aumentarían enormemente el rendimiento de una gran parte de la población para otros trabajos. Pero los gobernantes reaccionarios de Japón, con una aparente preocupación por el bienestar del mundo, dijeron que la mecanización de la agricultura los privaría de su medio de vida, que Japón está demasiado sobrepoblado para cualquier cambio de ese tipo. estar hecho, etc. Estas son las cuestiones del desarrollo industrial atrofiado de Japón, por lo que son responsables de la condición miserable de la agricultura.

Sin embargo, aparte de esta pregunta, debe tenerse en cuenta que una gran parte de los desechos y tierras forestales de Japón podría utilizarse si hubiera capital disponible para su desarrollo. De hecho, solo se cultivan 6.000.000 de las 7.500.000 consideradas como cultivables. Y uno de los siguientes está bajo cultivo, una quinta parte está insuficientemente irrigada y otra quinta demasiado pantanosa. Han sido admitidos por el Departamento de Agricultura de Japón, pero se les ha exigido repetidamente que proporcionen asignaciones presupuestarias adecuadas para grandes áreas de obras de riego y drenaje. De hecho, el gobierno, con la mayor parte de los ingresos por los servicios y por los servicios de la deuda, no será necesario para proporcionar las sumas más pequeñas necesarias para las reparaciones vitales y otros trabajos para evitar las inundaciones y sequías desastrosas que tienen ha estado en varias partes del país con una frecuencia creciente.

La concentración en Japón tras la explotación intensiva de los valles fértiles no es accidental. El desarrollo de la ganadería, por ejemplo, implicaría gastos de capital, experimentación y riesgo. ¿Por qué debería cualquier poseedor de una empresa de capital ser tan importante y arriesgado mientras el campesinado y la tierra regada puedan ser exprimidos cada vez más? ¿Y cómo pueden ser acumulados por los propios campesinos para la experimentación y la inversión en nuevas formas de agricultura, mientras sus pequeños excedentes estén siendo drenados por los terratenientes y usureros y el gobierno, por la inversión en comercio e industria y por armamentos? Las partes más deseables del Hokkaido, que fácilmente podrían acomodarse dos veces, se han asignado a grandes capitalistas que por lo general están ausentes. No dedican capital al desarrollo de sus propiedades, sino que simplemente reciben sus rentas como los pequeños propietarios de los arrozales en las islas principales y meridionales. Algunos de ellos simplemente no están cultivados. Así, las antiguas formas feudales de explotación se han hecho ampliamente disponibles para la agricultura y la ganadería a gran escala. El gobierno rechazó continuamente los planes de desarrollo para carreteras, líneas ferroviarias y créditos en Hokkaido, a pesar del problema de población tan anunciado en Japón. Hokkaido o el resto de Japón es uno de los mayores productores mundiales de productos agrícolas. Rápidamente se encontró dinero para la construcción de

carreteras en Manchuria, porque estos caminos eran de carácter militar, pero nunca se dispuso nada para un fin similar en Hokkaido.

La crisis periódica

La carga increíble del parasitismo propietario-usurero en la economía rural de Japón no es la única carga que debe soportar el campesinado. Ya hemos mencionado los impuestos. Al comienzo de la historia moderna de Japón, que data de la Restauración Meiji, el país prácticamente no tiene industria. El nuevo gobierno nacional que reemplazó a los principados feudales adoptó una política de impuestos a la agricultura para crear una industria, o más bien, para subsidiar a los capitalistas en ciernes en las nuevas empresas industriales. A pesar de la productividad extremadamente baja de la tierra, el gobierno ha seguido gravando. Hoy está sujeto a impuestos más que nunca. La carga más pesada de los impuestos sobre la agricultura es uno de los métodos de subsidiar la industria. Y, por supuesto, la incidencia de los impuestos entre los propietarios campesinos recae principalmente en los propietarios más pequeños. Se ha estimado conservadoramente que la carga combinada de las rentas, el endeudamiento acumulado y el interés, el estado, la prefectura y la tributación de las aldeas asciende a al menos 89 por ciento y posiblemente incluso más de los productos agrícolas netos del país. No queda nada, o prácticamente nada, para los 5½ millones de familias campesinas.

El problema agrario de Japón llegó a una etapa de aguda crisis en 1918, cuando estalló la rasgadura del arroz en las zonas rurales de todo el mundo en el apogeo del floreciente mundo industrial. Nuevamente en 1930, y extendiéndose hasta 1932, hubo otra crisis seria cuando la industria de la seda de Japón sintió el impacto total de la crisis en América. Casi toda la seda de Japón, producto de la industria casera, fue exportada a Estados Unidos, el único país del mundo con un mercado capaz de absorber los caros productos terminados. La industria sericultural de Japón cayó en el caos y el precario equilibrio económico de los campesinos se alteró. La industria textil de Japón también ha sido dislocada debido a su dependencia de los Estados Unidos de América. Y la dislocación de la industria textil, a su vez, afectó a la industria pesada que dependía del excedente de exportación. Para los campesinos, el malestar fue catastrófico. Los propietarios y los recaudadores de impuestos han tenido más éxito que otros. Los campesinos, abiertamente rebeldes, se amotinaron en las aldeas y atacaron las estaciones hidroeléctricas (su fuente inmediata de los trastornos de la irrigación) a medida que su desesperada pobreza se hacía más desesperada y su misma supervivencia se ponía en juego. La crisis agraria se realiza en todas las ramas de la economía. El gran capital estaba interesado tanto en la tierra como en la sericultura. A través de los bancos tenían hipotecas sobre las cuales no se podían cobrar intereses ni capital. Como comerciantes, han estado vitalmente interesados en las exportaciones de seda y las han industrializado bajo el control monopólico del mercado de fertilizantes, que ahora amenaza con arruinarse con el campesinado. El país bulló al borde de la revolución. Un comentarista burgués, el Dr. Washio, describió así la situación agraria:

La angustia rural es en gran medida de la opinión de los observadores más sinceros. Algunos de los que sinceramente buscan la salvación rural sugieren nacionalización de la tierra debe efectuarse a finales de los bonos del Gobierno a una tasa baja de interés especial, tan baja que la Campesinos puede soportarlo y sentir comparativo levantado de la actual carga de la renta. La nacionalización de la tierra a costa de los terratenientes sería manifiestamente ruinoso para el Estado, pero la angustia rural y la actitud rebelde de los terratenientes. (**Trans-Pacific**, 1 de septiembre de 1932.)

La agricultura japonesa en el sistema actual está condenada a un mayor declive y destrucción. La carga del parasitismo es demasiado grande en la medida en que no puede reducirse al atraso del mundo. La agricultura es la base del fondo de la economía del país, entrelazada con ella, inseparable de ella, en ningún sentido independiente. Crisis en la agricultura significa crisis en la economía en general. Y es, en realidad, una crisis interminable, no solo un "problema" que debe resolverse en el ocio. Los eventos de 1918 y 1930-1932 fueron simplemente puntos altos en la crisis. La "solución" de la clase dominante de Japón a principios de los años treinta fue una serie de improvisaciones improvisadas, una amplia medida de represión policial dirigida contra la gente desesperada y la invasión de Manchuria. En este punto podemos recordar, la afirmación de Trotsky de que la invasión de Manchuria fue una expresión, no de la fuerza de Japón, sino de su debilidad, más precisamente, su decadencia incurable. De hecho, es instructivo, como decía Trotsky, "considerar la analogía entre la aventura de Manchuria del zarismo que condujo a la guerra de 1904-5, y esta aventura del gobierno del Mikado." En un caso como en el otro, los militares la aventura fue un intento desesperado de evitar la revolución. Zarismo another sobrevivió durante 12 años después de 1905 imperialista Japón Del mismo modo ha sobrevivido 12 años desde que lanzó sus ejércitos a Manchuria en 1931. Japón Propósito, a diferencia de la Rusia zarista, ahora se enfrenta a su "Octubre" y no la de 1905. Su clase dominante logró temporalmente archivando el problema agrario fundamental después de 1932 por medio de la guerra, las exportaciones subsidiadas y la inflación. Estos estimularon pero no curaron y el día del juicio debe venir. Hasta ahora, solo hemos tocado las consecuencias sociales del atraso y la decadencia económica de Japón. Es necesario entrar en más detalles. En el caso de los trabajadores, el nivel de la fuerza de trabajo es generalmente más alto que el de los chinos, mientras que el estado general del país grande no es mejor que el de las comunidades rurales en China o India. Cuando la crisis económica se agudiza, como en los años 1930-32, las condiciones en la aldea japonesa alcanzan una condición de absoluto horror que se asemeja a India o China en tiempos de hambruna. Aquí hay un informe de entre las puntuaciones que podrían citarse, que apareció en el **Japan Times** del 7 de junio de 1932:

Las consecuencias sociales

Con el hambre mirándoles la cara, las comunidades empobrecidas de Nagano, Iwate y Niigata están vendiendo sus jóvenes niñas a la prostitución, comiendo *warabe* (helechos), donde semejante "delicadeza" todavía puede obtenerse, cocinando pasta de frejol, generalmente usada como fertilizante para varios tipos de pasto, como su comida regular ... En la prefectura de Nagano los pueden comer cebada están bastante bien. Cada árbol en las colinas está desnudo, su fruta, por mal que sepa, habiendo sido cosechada por niños hambrientos ... En un pueblo del investigador encontró que el año pasado los ingresos totales de un campesino era alrededor de 130 *yen*, mientras que sus pérdidas fueron 366 *yen*. Para compensar esas pérdidas campesinos y agricultores pobre están vendiendo a sus. Los más desafortunados son las niñas que son llevadas tras pago de 3 a 10 *yen* con la promesa de que serán pronto devueltas a casa, y son vendidas a burdeles sin licencia. Las mismas condiciones prevalecen en la prefectura de Niigata. Mujeres jóvenes de edad matrimonial escasean puesto que la mayoría ha sido vendida y hay una creciente tendencia hacia vender hasta a niños de escuela primaria. Los precios para los niños son de 100 *yen* para los alumnos de tercer grado y más o menos 400 para los que han acabado la escuela.

Esta, se deben enfatizar, no es una descripción de la atrasada China o la India colonial, pero del Japón imperialista que aspira a atraer a todos los pueblos del este de Asia a su "esfera de co-prosperidad mutua". La inanición y la angustia que el **Japan Times** reportó ocurrían en un momento en que los graneros gobierno estaban llenos de arroz puesto que no había compradores. La cosecha de 1931 había sido pobre, pero no son las calamidades naturales las que reducen la población japonesa a la inanición. Las cosechas buenas o malas también son desastrosas para el cultivador del suelo. El Ministerio de Educación se apropió de una pequeña cantidad de dinero para los niños que mueren de hambre. Pero el gobierno, en lugar de dañar a los comerciantes y terratenientes del arroz mediante la distribución de sus propias reservas de arroz a los hambrientos, vendió algunas de ellas en el exterior a un tercio del precio de venta en Japón. Esto se hizo a pesar de la avalancha de peticiones y disturbios que estallaron cuando el gobierno no logró aliviar a la gente desesperada y sufriente. La enfermedad siguió a la inanición y esto fue particularmente terrible en Japón. Tan lastimosamente pobres son las comunidades rurales que cuando una epidemia de difteria estalló en Aamori no había dinero para comprar una botella de suero (el precio de dos yenes) para la inoculación y los niños víctimas murieron como moscas por falta de atención médica. Aunque hay un excedente de médicos calificados en las ciudades, son reacios a establecer prácticas en las aldeas por la sencilla razón de que no pueden pagar sus servicios.

En medio de una hambruna desesperada, los empleadores de la industria de la seda, afectados por el colapso del mercado de la seda, incumplieron el pago de los salarios a sus empleados miserablemente mal pagados. Según el **Japan Times** del 5 de mayo de 1932:

Las dificultades financieras de la industria de la seda se estiman en aproximadamente el 80% del costo total de las fábricas de molienda en el mundo. 5,000,000 y 10,000,000 yen.

Los campesinos en ruinas y hambrientos de sus pagos de impuestos, por lo que los maestros de escuela no fueron pagados y se agregaron a las listas de los hambrientos. Las manifestaciones de hambre ocurrieron a lo largo y ancho. El gobierno les respondió con una represión brutal. Desde los pueblos, la crisis se extendió a las ciudades. Pero mientras la gente tenía hambre, los capitalistas vivían bien y se enriquecían. Aprovechando la oferta inusualmente abundante de mano de obra por el hambre en las aldeas, las grandes fábricas de algodón recortaron los salarios una y otra vez en 1931 y 1932 y así redujeron sus costos para embarcarse en la tremenda expansión de sus exportaciones, que terminó en Japón convirtiéndose en el principal exportador de textiles de algodón.

Las condiciones en las ciudades

La crisis parecía haber "tocado fondo" en 1932. En 1933 hubo un breve respiro debido a un resurgimiento temporal de la demanda estadounidense de seda, la caída en el valor de cambio del yen y una cosecha tan abundante como la había nunca antes visto en Japón. Por primera vez en la historia del Japón moderno, los precios del arroz no bajaron como de costumbre, debido a las grandes compras del gobierno bajo un nuevo sistema de control del arroz. Pero en 1934 hubo sequía, inundaciones y heladas y el desastroso tifón de Osaka, lo que trajo otro año de mala cosecha. Y, por supuesto, una angustia casi tan mala como la descrita anteriormente descendió sobre la tierra una vez más. Sin embargo, no son los caprichos de la naturaleza los responsables de los repetidos desastres económicos de Japón. El hombre ha conquistado la naturaleza en gran medida. Responsable es el sistema de producción arcaico de Japón y la falta de capital para el desarrollo, combinado con la gran carga de parasitismo que niega a los trabajadores de la ciudad y el país toda posibilidad de poner cualquier superávit en los malos momentos. Entre lo que el campesino se da cuenta por su cosecha y la cantidad que debe pagar por el alquiler, impuestos, intereses y fertilizantes, solo hay un margen muy leve. Del mismo modo que entre los salarios del trabajador industrial, ya sea en una pequeña tienda o una gran fábrica, y su costo de subsistencia, prácticamente no hay margen. La absoluta incapacidad de la clase dominante japonesa para mitigar, y mucho menos prevenir estas crisis,

que han estado ocurriendo con más y más frecuencia, es un testimonio suficientemente claro de la completa bancarrota de todo el sistema económico y social. Explica, también, las ambiciones imperialistas desenfundadas de los gobernantes de Tokio. Al igual que el gobierno del zar, son incapaces de resolver los problemas más acuciantes del país precisamente porque tienen un interés personal en mantener el esquema social de las cosas cuyos problemas son el producto inevitable. En su lugar, buscan "soluciones" en aventuras militares en el extranjero, que solo sirven para acentuar la decadencia de la sociedad japonesa y acercar a sus gobernantes al abismo de la revolución social.

Si los hechos revelan un estado lamentable de las cosas en el campo de Japón, que contiene más de la mitad de la población activa del país, las cuestiones son un poco mejores cuando se trata de los trabajadores industriales en las ciudades o pueblos. En los años en que Japón ocupó un lugar "respetable" en la familia imperialista, especialmente durante el período de 20 años de la Alianza Anglo-Japonesa que duró hasta la Conferencia de Washington de 1921; y aún más notablemente durante el período en que, como "el gendarme de Oriente", sus antagonistas actuales la consideraban una valiosa protección contra la propagación del bolchevismo a los países del Este de Asia, los propagandistas interesados describieron la vida japonesa en general como una especie de rapsodia oriental. Infinitas fueron las descripciones, y las fotografías en revistas ilustradas de doncellas japonesas que paseaban por gloriosos parques en sus coloridos kimonos, de deliciosamente artísticas casas de madera y papel, jardines en miniatura, mujeres sonrientes oficiando en la "ceremonia del té" o arreglando flores. Estos aspectos superficiales de una parte de la vida japonesa sirvieron para ocultar las desagradables realidades detrás y debajo. Las fábricas japonesas a gran escala con sus dormitorios para mujeres trabajadoras se representaron como algo en la naturaleza de los internados de clase alta, en lugar de como lugares de trabajo arduo. La clase dominante japonesa alentó y ayudó a este tipo de propaganda. En esto, a su vez, fueron ayudados por la apariencia naturalmente artística de las casas japonesas (excepto, por supuesto, las chozas feas y sórdidas de los trabajadores y los campesinos pobres). Sin embargo, se abstuvieron de señalar que ellos mismos preferían y vivían en casas de ladrillo o piedra. Y cuando se trataba de los dormitorios de las fábricas, las imágenes siempre mostraban que estaban vacías, no llenas de chicas durmiendo codo contra codo en el suelo.

Si la vida fuera en realidad tan alegre y placentera como estos propagandistas hubieran hecho creer al mundo, ¿cómo se puede explicar la extraordinariamente alta tasa de mortalidad, tanto infantil como infantil, de la alta incidencia de enfermedades tan características de la pobreza como la tuberculosis y la tuberculosis y beri-beri, el uso generalizado del trabajo infantil en la industria, la existencia de la esclavitud real en todo menos el nombre, la prostitución en una escala que no se encuentra en ningún otro país excepto China, el estado inferior de la mujer, la ausencia de servicios sociales y los salarios increíblemente bajos pagado a los trabajadores industriales?

Desnutrición y enfermedad

Uno de los principales periódicos de Tokio publicó un artículo en 1932 que mostraba que, si bien el número anual de nacimientos en Japón es de aproximadamente 2.100.000, unos 460.000 niños de entre 1 y 14 años mueren cada año, en gran parte debido a la desnutrición. Y el Anuario Estadístico de la Liga de las Naciones para 1935 dio a la tasa de mortalidad infantil de Japón 121 por mil, en comparación con 76 para Alemania, 66 para Inglaterra, 100 para Italia, 48 para Suiza. Solo la India colonial tenía una tasa de mortalidad infantil más alta, con una cifra de 171.

La incidencia de la enfermedad es muy alta entre los trabajadores debido a la mala alimentación y el alojamiento y las horas de trabajo excesivas. El gobierno ocasionalmente publica estadísticas de enfermedades de fábricas en todas partes de Japón donde trabajan no menos de 500 trabajadores. Tan altas como son, estas cifras no son representativas, ya que no cubren la industria doméstica o artesanal ni la agricultura. Sin embargo, muestran una tasa de enfermedad del 33.8 por ciento entre las mujeres y del 18.3 por ciento entre los hombres. En las fábricas textiles, la tasa combinada para mujeres y hombres fue

de 314 por cada 1,000 trabajadores. De estos, 60 por cada 1,000 fueron casos de enfermedades estomacales e intestinales que son atribuibles a alimentos gruesos o malos o a desnutrición; 23.9 por 1,000 fueron casos de bronquitis y 9.85 fueron casos de pleuresía, que debe ser principalmente debido al cambio del aire caliente de los cuartos de trabajo a los dormitorios no calentados. La tuberculosis pulmonar es muy prevalente en Japón y es probable que muchos de los casos de pleuresía entre los trabajadores fabriles provoquen, o resulten ser, casos de tuberculosis, que pueden atribuirse en gran parte a la ausencia de grasas en la dieta y la falta de aire en los dormitorios sin ventilación y sin calefacción en invierno.

Beri-beri, una enfermedad de deficiencia vitamínica, es una de las más comunes en todas las industrias, excepto en las industrias del gas, la electricidad y la fundición, donde los salarios son algo más altos. La prevalencia de la tuberculosis se muestra más en las cifras de muerte que de enfermedad, lo que indica que los trabajadores afectados por esta enfermedad a menudo continúan trabajando hasta que están cerca de la muerte, sin informar que están enfermos o que no se los considera enfermos. Las estadísticas oficiales muestran que hay 88 muertes de cada 1,000 casos de tuberculosis, la tasa de mortalidad más alta para cualquiera de las enfermedades, y que de cada 1,000 casos 211.8 son dados de alta del tratamiento antes de la recuperación o estaban en licencia larga por enfermedad. La tasa más alta de enfermedad se encuentra en las minas de carbón, donde las mujeres trabajan junto a los hombres. Los efectos terribles del intenso trabajo minero en las mujeres se observan claramente en el hecho de que alrededor del 20% de ellos padecen enfermedades de los órganos urogenitales, principalmente enfermedades del útero.

La baronesa Ishimoto, la principal feminista y aspirante a reformadora social de Japón, ha descrito las condiciones en las minas de carbón de Japón: cómo los mineros descienden por una plataforma sin paredes ni barandas; cómo las niñas a menudo son aplastadas mientras cargan carbón en cestas desde el foso hasta los vagones cuando los camiones grandes vuelcan, o atrapados bajo los vagones debido a la velocidad excesiva de este y la estrechez del camino. Ella declara que los presos en uniforme con pesadas cadenas en sus caderas son enviados a las minas para trabajos forzados y que esta competencia, junto con la de las mujeres e incluso los niños, reduce el nivel salarial. Ella cuenta cómo las esposas e hijas de los mineros, medio desnudas, siguen a los hombres y llevan a cabo el carbón mientras los hombres lo aflojan con púas; cómo a veces las mujeres embarazadas dan a luz a niños en los pozos, y cómo van a trabajar en las minas con sus bebés atados a la espalda. Estas son las condiciones en las minas de la compañía Mitsui, la confianza más rica y poderosa de Japón. La Baronesa comenta con amable ironía sobre el supuesto "hermoso sistema familiar japonés que hizo que hombres y mujeres trabajen de forma armoniosa y agradable en sus tareas" al describir "los nidos atestados de ignorancia, pobreza y miseria, los niños nacidos sin amor y criados sin cuidado o efecto." Ella dice que cuando oye la conocida jactancia de que Japón es un paraíso para los niños, recuerda a los niños pequeños que frecuentan su caja de basura, la vista frecuente de madres golpeando a sus hijos y los bebés que mueren de enfermedades sin atención médica o cualquier enfermera porque sus madres están en el trabajo.

A la oligarquía gobernante de Japón siempre le gusta presumir del sistema de educación obligatoria universal del país. Sin embargo, el 47 por ciento de los mineros del país nunca han ido a la escuela o no han terminado las calificaciones. Los porcentajes son más pequeños para otras industrias. La tasa anual de accidentes en las minas es extraordinariamente alta. Entre 1920 y 1929, varió del 60 por ciento al 45 por ciento de los empleados. Hoy ciertamente es mucho más alto debido a la mayor presión del trabajo combinada con métodos anticuados e inseguros. La pérdida de vidas se ha estimado en 30 personas por cada millón de toneladas de carbón extraído. Unos 4.000.000 de trabajadores de diversos tipos, incluidos los mineros, en los últimos años han tenido derecho, por ley, a una indemnización cuando se lesionan, pero la escala de pagos es muy baja. Un trabajador irremediamente mutilado de por vida recibe un salario de 540 días, y uno incapacitado por un trabajo de por vida con un salario de 360 días. Si está inhabilitado solo para la reanudación de su ocupación anterior, la cantidad es de 180 días de pago. Sin embargo, debe recordarse que la gran cantidad de hombres, mujeres y niños empleados en la industria

artesanal, en la industria doméstica y en pequeñas fábricas fuera de las leyes de las fábricas, no tienen derecho a compensación alguna por daños, ya sea por parte de su empleador, de el comerciante-fabricante que les paga salarios a destajo, o del Estado.

Hay una ausencia casi total de servicios sociales en Japón: sin hospitales públicos, sin seguro de desempleo, sin alivio (excepto la caridad ocasional de individuos distribuidos por la policía). De modo que, a excepción de la pequeña proporción de trabajadores en fábricas grandes que mantienen sus propios hospitales, o aquellos con derecho a alguna compensación de sus empleadores por enfermedades ocupacionales, los pobres, las viudas, los huérfanos y los enfermos quedan a la asistencia que puedan obtener de parientes, o morir. Incluso los leprosos no son provistos, pero se les deja a sus familias a cargo. Muchos de ellos se vuelven mendigos (hay más de 25,000 leprosos vagabundos en Japón) e infectan a más personas con esta temible enfermedad. Del mismo modo, hay unos 200,000 lunáticos para quienes no se hace nada. Solo cuando el Emperador pase en el estado, los leprosos y lunáticos del vecindario serán acorralados por la policía y se mantendrán fuera del camino para la ocasión. Otro indicio de la indiferencia de los gobernantes de Japón ante la difícil situación de los pobres, que son la creación del sistema, está provisto por un informe de la policía en 1935 que afirmaba que hay unos 250 casos al año de madres indigentes con niños pequeños que, después de perder a sus maridos, matar a sus hijos y luego suicidarse.